

EL ECONOMISTA,

REVISTA DE ADMINISTRACION, ECONOMIA POLITICA Y JURISPRUDENCIA.

PROTESTA.

En nuestro artículo del núm. 22, titulado «Posibilidad de las economías», y que tan buena acogida tuvo en la prensa política liberal, hay una partida que, al parecer, ha indignado de la manera mas cómica al *Nihilismo pesimista* de cierto diario político, muy conocido por la amplitud y gravedad de sus magistrales formas. Hemos dicho al parecer, porque es muy posible que no sea la partida escuela normal é *inspeccion de instruccion primaria* la que mas le haya crispado los nervios, sino otras, acerca de las cuales calla en este momento por prudencia.

Si ese diario alude á nosotros, como parece, con sus reminiscencias *posdatescas*, sepa que los redactores de *El Economista*, bien ó mal, *razonan* sus opiniones; que solo contestarán á los ataques que se les dirijan cuando estos sean tambien racionales, francos y directos; y que están en el caso de mostrar el mas soberano desprecio á los que, no teniendo razones que oponer á las suyas, corren al templo de Momo por un sarcasmo, que lanzan oblicuamente y cubriéndose el rostro con una careta de papel.

Tócanos decir por último, que en nuestro arsenal quedan aun muchas razones, y mas fuertes que las alegadas hasta aquí, para sustentar nuestras proposiciones, y que alegaremos cuando las presentadas se hayan destruido en forma. La especiotía de que nosotros intentamos escatimar al pueblo el alimento intelectual es una infame calumnia, digna sin duda de sus dignísimos autores.

MAQUINAS Y SALARIOS.

Los excesos de los obreros de Antequera, sublevados contra las máquinas, y las proposiciones ridículas por lo intempestivas y vacías de sentido de algunas juntas electorales, solo prueban una cosa: nuestro atraso intelectual. Este atraso

es sobre todo lamentable en una sociedad en que la democracia siempre ha influido mas ó menos en la marcha de los asuntos públicos, y que hoy como nunca aspira con justicia á participar de la misma de una manera amplia, inmediata y directa.

El uso que haga y los frutos que recoja, dependerán sobre todo de las ideas útiles y morales que posea y de su habilidad y cordura al traerlas al terreno de la aplicación y de la práctica.

En cuanto á lo primero, en cuanto á su capacidad intelectual y moral, no estamos como muchos enteramente desesperanzados. Si en algunos puntos la utopia saca su cabeza hueca, y en otros los principios disolventes su faz horrible y enemiga de toda libertad, fuerza es reconocer que en general domina el buen juicio, y que las peticiones no traspasan los límites de lo posible, de lo practicado, y por consecuencia, de lo practicable.

En abono de nuestras esperanzas están aun las pretensiones de los tímidos que contrapesan las de los demasiado apasionados; y la medicina de la ciencia, que repartida oportuna y generosamente curará las estravagancias de los ilusos, corrigiendo los errores de su entendimiento, única causa de sus extravíos.

La peste de las *organizaciones artificiales*, que la escuela doctrinaria francesa ha legado á la Europa constitucional, necesita remedios heróicos. Estos remedios no pueden ser de fuerza, sino de razon: son errores de entendimiento que aquella puede acallar, sin duda, por mas ó menos tiempo, pero que solo la razon y el convencimiento pueden desterrar de una manera definitiva.

Pero, ¿dónde encontrar la razon de vaciedades, tales como la *enseñanza gratuita*, la *organizacion del trabajo* y otras á este tenor? ¿Dónde la que pruebe hasta la evidencia los funestos resultados que tendrian para la generalidad de los hombres, y muy particularmente para los obreros, la *supresion de las máquinas y la subida arbitraria*, y como arbitraria injusta, *del tanto en los salarios*?

En la economía política. Fuera de ella no se encontrarán en ninguna parte.

La Inglaterra hace mucho tiempo que lo ha conocido, y como la Inglaterra es un pueblo que no solo ama la verdad en teoría, sino que la quiere también en la práctica, se apresuró á usar de ella, haciendo aplicaciones vastísimas que han coronado los resultados mas ventajosos.

La Economía política forma parte allí de la instrucción primaria; y todo un arzobispo de Dublín se congratulaba en 1848, en una sesión de la sociedad de estadística de aquella capital, de que las escuelas inglesas en que se enseñaba, en aquella época, la economía política, pasasen de cuatro mil. Con este motivo, uno de los mas ilustres miembros del Instituto de Francia (1), en un prefacio á la traducción de la excelente obra de M. W. ELLIS, se expresa de la manera siguiente:

« En la tribuna nacional tuve ocasion de decir que, la difusión de esas sanas ideas de Economía política, es una de las causas de la paz profunda y de la prosperidad de que goza la Inglaterra.

« No sé por qué en cosas de este orden, dejaremos de imitar á nuestros vecinos. En política es evidente la falta que se ha cometido al imitar la constitucion inglesa, porque la Francia no presenta ninguno de los elementos sociales en que consiste la estabilidad y la grandeza del gobierno inglés. Pero, en economía política, nada se opone á que nuestros obreros de todas clases, nuestros agricultores, nuestros industriales, nuestros comerciantes, nuestros administradores, y hasta nuestros hombres de Estado, sepan tanto como se sabe en Inglaterra. »

Estas citas no han tenido otro objeto que autorizar un Consejo que saliendo solo de nuestra boca faltaria razon para escucharle, pero que apoyado por uno de los miembros mas ilustres del alto clero inglés y por una lumbrera del Instituto de Francia, esperamos que ha de merecer la atención de todos los que nos lean, y que aminorar consolidado en nuestro pais un gobierno popular.

El gobierno de S. M., los funcionarios públicos de conocimientos en la materia, los comerciantes, los industriales, los propietarios, los capitalistas etc, están hoy mas que nunca obligados á procurar, por cuantos medios estén á su alcan-

ce, el desarrollo entre nosotros de las buenas doctrinas económicas y su difusión. Para esto, los particulares sobre todo, pudieran asociarse, y con un pequeño sacrificio cubrir, como han hecho los ingleses, todo el territorio de escuelas dominicales, donde entre otros conocimientos útiles se enseñase el utilísimo de la economía política; y pudieran también fundar premios para el aprovechamiento, que sirviesen de estímulo á la asistencia. Así dentro de pocos años la escuela disolvente, en España como en Inglaterra no sería de temer, porque encontraría su mayor resistencia donde va siempre á buscar su mayor fuerza.

Como el error de las máquinas no es patrimonio esclusivo de los trabajadores de Antequera, sino que de él participan también muchas de nuestras notabilidades, traducimos á continuación el artículo que le dedica Bastiat en su admirable folleto titulado: *LO QUE SE VE Y LO QUE NO SE VE*, al que añadiremos algunas reflexiones aplicadas al caso particular de que se trata, al lamentable error y á los atentados criminales y punibles de los hilanderos de Antequera.

LAS MÁQUINAS.

¡ Malditas sean las máquinas! ¡ Todos los años su potencia progresiva entrega al pauperismo millares de obreros, arrebatándoles el trabajo, con el trabajo el salario, y con el salario el pan! ¡ Malditas sean las máquinas!

Hé aquí el grito que se eleva de la preocupación vulgar y cuyo eco resuena en los periódicos.

¡ Pero maldecir las máquinas es maldecir el espíritu humano!

Lo que me confunde en esta materia es que pueda encontrarse un hombre que se satisfaga con semejante doctrina.

Porque en fin, si es verdadera, ¿cuál es la consecuencia rigurosa? Que no hay actividad, bienestar, riquezas; ventura posible, sino para los pueblos estúpidos, heridos de inmovilismo mental, á quien Dios no haya concedido el don funesto de pensar, combinar, inventar, de obtener mayores resultados con menores medios. Al contrario; los harapos, las chozas innobles, la pobreza, la inanición, son la inevitable dotación de toda nación que busque y encuentre en el hierro, el fuego, el viento, la electricidad, el magnetismo, las leyes de la física y la mecánica; en una palabra, en las fuerzas de la naturaleza, un suplemento á sus fuerzas propias, y esta es la ocasión de decir con Rousseau: « Todo hombre que piensa es un animal depravado. »

Pero no es esto todo: si esta doctrina es verdadera, como todos los hombres piensan é inventan, como todos, de hecho, desde el primero hasta el último, y á

(1) Barthélemy Saint-Hilaire.

cada instante de su existencia, procuran hacer cooperar las fuerzas de la naturaleza, para hacer mas con menos, para disminuir ó su mano de obra ó la que ellos pagan, para conseguir la mayor suma posible de satisfacciones con la menor fuerza posible de trabajo, preciso es concluir de aquí que la humanidad entera es arrastrada á su decadencia, precisamente por esa aspiracion inteligente hacia el progreso, que atormenta á cada uno de sus miembros.

Desde luego la estadística debe demostrar que los habitantes de Lancastre, huyendo de aquella patria de las máquinas, van á buscar trabajo á Irlanda (1), donde son desconocidas; y la historia, que la barbarie oscurece á las épocas de civilizacion, y que la civilizacion brilla en los tiempos de ignorancia y de barbarie.

Hay evidentemente en este hacinamiento de contradicciones algo que choca, y nos manifiesta que el problema oculta un elemento de solucion que no se ha distinguido lo bastante.

He aquí todo el misterio: detras de *lo que se ve* yace *lo que no se ve*. Voy á intentar darlo á luz. Mi demostracion tendrá que ser una repeticion de la precedente, porque se trata de un problema idéntico.

Es tendencia natural de los hombres, si la violencia no se lo estorba, — la *baratura*; es decir, hacia lo que, á satisfaccion igual, les ahorra trabajo — bien que esta baratura les venga de un hábil *productor extranjero* ó de un hábil *productor mecánico*.

La objecion teórica que se hace á esta tendencia es la misma en ambos casos. Así en el uno como en el otro se le opone el trabajo que en apariencia deja inerte. Pero lo que la determina es precisamente el trabajo que *deja no inerte, sino disponible*.

Por esto precisamente se le opone tambien en ambos casos, el mismo obstáculo práctico: la violencia.

El legislador prohíbe la concurrencia estrangera, y veña la concurrencia mecánica. Porque en verdad, ¿qué otro medio puede existir para contener un impulso natural en todos los hombres, que el de quitarles su libertad?

En muchos países, es cierto, el legislador no hiere mas que una de estas dos concurrencias, y se limita á gemir acerca de la otra. Esto solo prueba una cosa, y es que el legislador, en esos países, es inconsecuente.

Esto no debe sorprendernos. En una falsa via siempre es uno inconsecuente, sin lo cual asesinaríamos á la humanidad. Jamás se ha visto ni se verá un principio falso llevado hasta su extremo. He dicho en otra parte: la inconsecuencia es el límite del absurdo; y hubiéramos podido añadir: y al mismo tiempo la prueba.

Pero vengamos á nuestra demostracion, esta ad será larga.

Santiago Homo-bono tenía dos francos, los que daba á ganar á dos obreros.

Pero he ahí que imagina una combinacion de cuerdas y pesos que abrevia el trabajo la mitad.

Consecuencia: obtiene la misma satisfaccion y despide un obrero.

(1) Lo contrario es lo que se verifica. (N. del T.)

Despide un obrero; este es lo que se ve.

Y no viendo mas que esto, se dice: Ve ahí como la miseria sigue á la civilizacion. El espíritu humano ha hecho una conquista, y en el mismo instante un obrero cayó para siempre en la garganta del pauperismo. Pero puede suceder sin embargo que Santiago Homo-bono continúe dando trabajo á los dos obreros, pero no les dará mas que diez sueldos á cada uno, porque se harán concurrencia y se ofrecerán al que mas barato pueda. Así es como los ricos cada vez son mas ricos, y los pobres cada vez mas pobres. Es necesario reconstruir la sociedad.

¡Hermosa conclusion, y digna del exordio!

Afortunadamente, exordio y conclusion, todo esto es falso; porque detras de la mitad del fenómeno, que se ve, está la otra mitad que *no se ve*.

No se ve el franco ahorrado por Santiago Homo-bono y los efectos necesarios de este ahorro.

Puesto que, por consecuencia de su invencion, Santiago Homo-bono solo gasta un franco en mano de obra, en seguimiento de una satisfaccion, le queda otro franco.

Luego si hay un obrero en el mundo que ofrece sus brazos desocupados, hay tambien en el mundo un capitalista que ofrece su franco desocupado. Estos dos elementos se encuentran y se combinan.

Y es claro como la luz del dia que entré la oferta y la demanda del trabajo, entre la oferta y la demanda del salario, la relacion no ha cambiado de ninguna manera.

La invencion y un obrero pagado con el primer franco hacen al presente la obra que ejecutaban antes dos obreros.

El segundo obrero pagado con el segundo franco, realiza una obra nueva.

¿Qué ha cambiado pues en el mundo? Hay una satisfaccion nacional de mas, en otros términos, la invencion es una conquista gratuita, un beneficio gratuito para la sociedad.

De la forma que he dado á mi demostracion se podrá sacar esta consecuencia:

«El capitalista es el que recogerá todo el fruto de las máquinas. La clase asalariada, si solo sufre momentáneamente, no lo gozará jamás, porque segun tu propia demostracion, ellas *trasladan* una porcion del trabajo nacional sin *disminuirlo*, es verdad, pero tambien sin *augmentarlo*.

No entra en el plan de este opusculo resolver todas las objeciones, su único objeto es combatir una preocupacion vulgar, muy danosa y muy repartida. Quiera probar que una nueva maquina no pone á *disposicion* cierto número de brazos, sino poniendo tambien y forzosamente á *disposicion* la remuneracion que los alimenta. Estos brazos y esta remuneracion se combina para producir lo que era imposible producir antes de la invencion; de donde se sigue que *dá por resultado definitivo* un aumento de satisfacciones, á trabajo igual.

¿Quién recoge este exceso de satisfacciones?

Si es cierto, primero el capitalista, el inventor, el primero que se sirve de la maquina, y este es el pre-

mio de su genio y de su audacia. En este caso, como lo acabamos de ver, realiza una economía en los gastos de producción, la cual, de cualquiera manera que la gaste (y siempre se gasta) ocupa justamente otros tantos brazos como la máquina había desalojado.

Pero bien pronto la concurrencia le obliga á bajar su precio de venta, en la medida de esta misma economía.

Y entonces no es ya el productor el que recoge el beneficio de la invención; es el comprador del producto, el consumidor, el público, comprendidos los obreros; en una palabra, es la humanidad.

Y lo que no se ve, es que el ahorro, así procurado á todos los consumidores, forma un fondo en que el salario toma un alimento que reemplaza al que la máquina ha cegado. De este modo, volviendo al ejemplo anterior: Santiago Homo-bono obtiene un producto gastando dos francos en salarios.

Gracias á su invención, la mano de obra no le cuesta más que un franco.

Mientras que vendá el producto al mismo precio, hay un obrero de menos ocupado en hacer este producto especial, pero hay uno de más ocupado por el franco que Santiago Homo-bono ha ahorrado: esto es lo que no se ve.

Quando, por la marcha natural de las cosas, Santiago Homo-bono se ve reducido á bajar un franco el precio del producto, entonces no realiza ya un ahorro; entonces no dispone ya de un franco para encargar al trabajo nacional una producción nueva. Pero respecto de este punto, su comprador se coloca en su lugar; y este comprador es la humanidad. Cualquiera que compre el producto lo paga un franco menos, ahorra un franco, y pone necesariamente este ahorro al servicio del fondo de salarios: esto es, otra vez más: lo que no se ve.

Se ha dado de este problema de las máquinas otra solución, fundada en los hechos.

Se ha dicho: La máquina reduce los gastos de producción, y hace bajar el precio del producto. La baja del producto, provoca un aumento de consumo, la cual necesita un aumento correspondiente de producción; y en definitiva, la intervención de tantos ó más obreros, después de la invención, como se necesitaban antes. Se cita en apoyo la imprenta, el hilado, la prensa etc.

Esta demostración no es científica.

De ella sería necesario concluir que, si el consumo del producto especial de que se trata permanece estacionario, ó poco más ó menos, la máquina perjudicaría al trabajo.—Lo que no es cierto.

Supongamos que en un país todos los hombres llevan sombrero. Si, por una máquina, se llega á reducir el precio á la mitad, no se sigue de aquí, necesariamente, que consumirá doble número.

¿Se dirá en este caso que una porción del trabajo nacional ha sido herido de inercia? Si, según la demostración vulgar. No, según la mía; porque aun cuando en este país no se comprara un sombrero de más, el fondo entero de salarios, no por eso quedaría menos salvo; lo que fuese de menos á la industria sombrerera

se encontraría en la economía realizada por todos los consumidores, y pasaría, á asalariar todo el trabajo que la máquina ha hecho inútil, á provocar un nuevo desarrollo de todas las industrias.

Y así pasan las cosas. Yo he visto los periódicos á 80 francos, al presente están á 38. Esta es una economía de 32 francos para los suscriptores. No es cierto, no es á lo menos necesario que los 32 francos continúen tomando la dirección de la industria del periodista; pero lo que sí es necesario es que, si no toman esta dirección, tomen otra. El uno se sirve de ellos para recibir más periódicos; el otro para alimentarse mejor; un tercero para mejor vestirse; un cuarto para amueblar más decentemente su casa.

Así las industrias son solidarias. Forman un vasto conjunto, del que todas las partes comunican por cables secretos. Lo que se economiza en uno aprovecha á todos. Lo que importa, es comprender bien que nunca, jamás, las economías se verifican á costa del trabajo y de los salarios.

Resuelta la cuestión general, de la influencia de las máquinas en la oferta del trabajo y en su remuneración, por mano maestra, vamos á acometer la concreta, la de aplicación, fijándonos en el lamentable acontecimiento que ha provocado nuestro escrito. Al mismo tiempo tocaremos la no menos interesante de los salarios, suscitada también en Antequera.

Pero preguntamos nosotros:

Si el gobierno en su esfera y los capitalistas fabricantes en la suya procurasen, á imitación de lo que se verifica en Inglaterra y en otros países de igual civilización, imprimir en la mente de la población obrera que los rodea, ideas tan claras y luminosas como la del gran Economista que acabamos de traducir, ¿habría que lamentar escesos como los de Antequera, eco triste de lo que tantas veces ha pasado en Cataluña? ¿Sería preciso recurrir con tanta frecuencia á las vías de fuerza, que pueden amortiguar el fuego, pero no extinguirlo ni evitar una futura y más violenta reproducción? El ejemplo de lo que ha sucedido en otras partes, juntamente con el juicio, nos autorizan á responder que sí.

Esto no se ha hecho, no se hace ni se hará en mucho tiempo aun. Nuestras costumbres y nuestras preocupaciones se oponen á que se distribuya al pueblo el alimento intelectual de la economía política, indigesto aun para nuestras Asambleas deliberantes.

Sin embargo, y entrando en la cuestión, cuánto no fuera de desear que las autoridades y los capitalistas fabricantes de Antequera, se ha-

llasen dispuestos para reunir á los trabajadores y, antes de recurrir al extremo violento de la fuerza, que reprime pero no convence, decirles:

«¿Qué es lo que pedís, que se os aumente el salario? Pues nada de trastornos ni alborotos; concedido lo teneis. ¿No quereis ocho en vez de seis? Pues hágase vuestra voluntad y tengamos paz.»

«Pero esperaos un poco y escuchad. Esa cuestion envuelve otra, consecuencia inmediata y necesaria suya, y quereiros que la resolvais tambien vosotros, porque hemos decidido hacer en todo y por todo lo que vosotros querais.»

«El capital que entre todos nosotros acumulamos con destino al pago de jornales, asciende á 800,000 rs. Con esta suma manteniamos al año, en actividad constante, y á seis reales jornal, á 400 de vosotros. Hoy pedís ocho, y se os han concedido; pero tener en cuenta que esta concesion exige imperiosamente una de dos cosas: ó que tres meses del año hagamos todos vacaciones cesando de trabajar, y por consecuencia de ganar; ó que una parte de vosotros; la cuarta, ciento, no trabajen en los doce meses ni un solo dia.»

«¡Os sublevais! ¡Nadie quiere ser escluido! Pues bien, elijamos el extremo opuesto y veamos si tiene inconvenientes para vosotros. Prescindamos en este momento de que, ni moral ni económicamente hablando, tres meses de holganza no pueden convenir á nadie, y fijémosnos únicamente en que trabajar menos tiempo y ganar lo mismo es una ventaja, cuando menos en la apariencia.»

«Pero, ¿no es cierto que en nueve meses no podreis producir lo que en un año, que solo hareis tres cuartas partes de obra? He dicho mal; no hareis ni siquiera la mitad, puesto que ademas del tiempo nos privamos de lo que lo economiza: de las máquinas que quereis destruir. Pues ahora bien, de tres cosas, una, todas mortales para vosotros: ó vendemos al precio que antes, en cuyo caso nos arruinaremos muy pronto, arruinándoos á vosotros, que vivis del trabajo que os procuramos; ó subimos los precios con proporcion al nuevo coste, para que no haya quien nos los compre, para que el consumidor concurra á otros mercados y nos pierda á todos con su ausencia; ó en fin, nosotros los fabricantes, para no sumirnos por completo en la comun ruina, salvaremos lo que podamos, y nos retiraremos á otros lugares, ó nos dedicaremos á otras indus-

trias, sin que podais impedirlo, porque el dia que lo intenteis, recurriremos á la fuerza protectora de la libertad y de la propiedad, que os hará pagar bien caro vuestro injusto y temerario intento.»

«Sed prudentes, sed juiciosos, y bendicid á esas máquinas y al espíritu que las inventó, para la ventura de todos. Sin ellas no podrian concurrir con los demas hombres al mercado universal, ni retirar en cambio de vuestra tabrajo la mitad de lo que retirais ahora.»

Solamente despues de haber usado estos medios de persuasion, y cuando una insistencia terca pruebe que lo que se exige, mas bien que el efecto de un error, es el de la corrupcion de la voluntad, se justifican, en nuestro concepto, las medidas violentas.

ANTONIO HERNANDEZ AMORES.

REFORMA EN EL PERSONAL DE LA HACIENDA PÚBLICA.

Sin descender al odioso terreno de las personalidades, en términos templados é indagando la verdad, vamos á tratar una cuestion de elevados principios económicos, de moralidad y de justicia.

Los intereses del Tesoro reclaman una reforma radical y completa en el personal de la Hacienda pública, demasiado numeroso y mal distribuido, para que no cause entorpecimiento en la marcha de los negocios.

El señor ministro del ramo debe poner su atencion principal y perentoriamente en esta materia, de suyo muy delicada, en la cual estriba el porvenir del Tesoro y del crédito de la nacion. Sin contar con un personal económico, entendido, celoso, probo y honrado, de nada servirian las mejoras y economías que se introduzcan en el sistema tributario: se estrellarán en el escollo del poco celo y de la ineptitud de los empleados.

Veamos primero las economías que pueden hacerse en el personal de la Hacienda.

Infinito es el número de cesantes que gravan las arcas del Tesoro: ¿qué razon hay para que el Estado mantenga tan grande número de brazos que de nada le sirven? ¿Por qué mantiene alejados á estos hombres de los puestos que antes ocupaban, y les paga una pensión? Al separarlos de sus destinos el gobierno, ¿obró con justicia? Si así

fué, ¿por qué grava al Tesoro con el pago de las cesantías? La nómina de cesantes asciende á muchos millones que se arrebatan á la industria, al comercio y á la agricultura.

Al empleado defraudador, se le encausa y castiga. Al anciano impedido, se le jubila.

Para que un cesante cobre sueldo del Estado, como tal, ha de probar veinte años en su hoja de servicios, y no haber sido separado de su destino por ninguna causa que pueda manchar su buena fama. Luego el cesante es un empleado de dilatados servicios, entendido y probo, que ha sido vilmente atropellado. — Un ministro recto y justo debe reparar tamaña injusticia.

Es indudable que el número de empleados que mantienen las oficinas de Hacienda, tal como se hallan montadas, todavía que ninguna reforma han sufrido, es excesivo; y á mas de esto está muy mal distribuido, habiendo negociados importantísimos que carecen de los brazos necesarios para el desempeño de su cometido, mientras que en otros de menor importancia, los empleados pasan el tiempo, como vulgarmente se dice, *con los brazos cruzados*.

Tambien es indudable que la mayor parte de los empleados del día se compone de gente novel en la carrera, sin años de servicios suficientes para el disfrute de una *cesantia*. Hijos casi todos, del favor, han tomado por asalto los destinos, con daño de respetables personas encanecidas en el bufete financiero; y lo mal parada que se halla la Hacienda, es debido en gran parte, á las inexpertas manos á cuyo cargo ha estado encomendada.

De lo dicho se deduce claramente el ahorro que puede hacerse en el personal á que nos referimos, tan excesivo hoy; y mucho mas resultará serlo, luego que se introduzcan en el sistema tributario las saludables reformas que la nación entera espera con ansia.

Cercénense las plantas de todas las dependencias; sepárense todos aquellos empleados que no tengan opción á cesantia; ocupen sus puestos los cesantes, y hágase una buena distribución de todo el personal en los diferentes ramos, dependencias y negociados.

Obrando así, el señor ministro de Hacienda hará un acto de justicia y una doble y verdadera economía: la que resulta de la disminución de empleados, y la que resulta de la disminución de las cesantías.

Para acometer tamaña empresa se necesita resolución, cerrar los oídos á las sugerencias de la adulación y del favor, á las afecciones personales, y encomendar á personas de probidad y de conciencia el exámen detenido de las hojas de servicios de todos los empleados que inútilmente se han hacinado en la secretaría del ministerio de Hacienda. Este exámen es absolutamente indispensable.

Cuando la inmoralidad campea por todas partes, mostrando sin rebozo su descarada faz (y esto sucede cuando los gobiernos hacen alarde de ella), parece que á los gobernantes se les hace un cargo de conciencia el castigar con merecida pena al empleado defraudador; y ellos que tan defraudadores fueron de la Hacienda del Estado y se contentan con declararle cesante. Así es que sujetos que no cuentan los mas honrosos antecedentes en la historia de su vida pública, se encuentran en el mismo caso y confundidos con otros muchos, muy dignos, víctimas de algem atropello ministerial. Por lo qual no dejaremos de repetir, que para regénérer el personal de la Hacienda pública, es indispensable que preceda un exámen concienzudo y detenido de las hojas de servicios de todos los empleados, tanto activos como cesantes, para que una vez siquiera se haga justicia al mérito y á la virtud, y se dé una prueba de que algo valen los derechos adquiridos.

Si la reforma solo á esto se reduce, no producirá mas que el ahorro de algunas cantidades; pero no lo mas esencial y lo que debe ser el principal objeto del señor ministro.

La Hacienda pública en España carece de empleados de especiales conocimientos en cada uno de sus ramos: apenas se encuentran algunas mediantas: quizá no haya una notabilidad rentística. Este es un mal gravísimo y de funestas consecuencias. Las mejores ideas económicas que conciba la mente de un ministro ilustrado, de un director celoso de fomentar el ramo que tiene á su cargo, evitando molestias y vejaciones á los contribuyentes, se estrellarán en la ignorancia de sus subordinados al ponerlas en práctica. Al jefe toca concebir la idea saludable y el deseo de plantearla; á sus subordinados el ayudarle con sus conocimientos especiales y prácticos: á escoger medios equitativos para llevarla á efecto; y esto es de todo punto imposible si se carece de profundos conocimientos en la materia, y de las necesidades y circunstancias particulares del país.

En los tiempos que pasaron se conocía este mal; pero la inmoralidad se negaba á escuchar los gritos de la justicia y del sentido comun. Tiempo es ya de estirpar los abusos. En pocas palabras probaremos evidentemente la verdad de nuestra asercion. ¿Qué circunstancias, qué conocimientos se requieren en el aspirante á un destino? Absolutamente ninguno, con tal que lo apadrine un personaje influyente, conseguirá, á no dudarlo, el objeto de sus deseos. Este es un mal principio en toda carrera: desde el primer instante en que el empleado pisa las oficinas, conoce que no ha de ser el mérito ni sus conocimientos los que le han de sostener y encumbrar; se convierte en satélite de cierta influencia protectora; gira en derredor suyo, sin atender á mas que á aproximarse á ella cuanto le es posible, porque es su única tabla de salvacion en el revuelto mar de las intrigas oficinescas. Deja de ser empleado por este mero hecho; solo en el nombre es un funcionario público; en la esencia es un jornalero, sin mas seguridad que la del dia presente; no tiene tiempo para adquirir conocimientos en el ramo en que está destinado, y poco le importa pasar al dia siguiente á servir en otro, aunque no sea apto para ninguno de los dos, con tal que su sueldo no se economice en el presupuesto.

Hemos determinado dedicar un artículo para tratar del escalafon en la carrera rentística, llave de todas las mejoras de que es susceptible la Hacienda en España, y entonces estenderemos nuestras reflexiones acerca del último punto de este artículo, que solo hemos tocado ligeramente en virtud de la íntima relacion que tiene con el enunciado.

J. S. y S.

LA CHINA Y LAS COLONIAS

DEL OCEANO INDICO,

segun las relaciones de los viajes de MM. Haussmann, Itier y Jurien de la Graviere.

La lectura de las relaciones de largos viajes es fecunda en toda clase de enseñanza. El naturalista encuentra en ellos la descripción de animales, vegetales y minerales, que busca inútilmente en nuestros climas, esceptuando algunas colecciones científicas; el industrial aprende nuevos procedimientos de fabricacion; el negociante

la existencia y condiciones de los mercados menos frecuentados; el economista y el que se ocupa de las ciencias sociales en general, pregunta á los viajeros los secretos de la organizacion de las sociedades que ha recorrido ó de que ha tenido noticias, una descripción de las costumbres é instituciones de los pueblos, una apreciacion exacta de sus opiniones, de sus gustos, de su fuerza expansiva.

Pero lo mismo el viajero que el historiador, no es siempre suficiente para responder á las cuestiones que mentalmente le propone la curiosidad del lector. No vé mas que de paso y por poco tiempo las sociedades con que se pone en contacto, y por otra parte, preocupado con razon del objeto á que se dirige, de las cosas que busca y que tienen relacion con su profesion, no puede observar por mucho tiempo los fenómenos sociales y económicos. Feliz si se contenta con observar sin querer, precipitadamente, concluir y juzgar.

Tenemos á la vista tres relaciones recientes de viajes á la China: la primera, en fecha, es la de M. Augusto Haussmann, delegado comercial, agregado á la legacion de M. Lagrenée; la segunda, de M. Julio Itier, agregado á la misma legacion; la tercera, de M. Jurien de la Graviere, que ha pasado cuatro años en los mares del extremo Oriental, como capitán comandante de la corbeta *La Bayonense*, espedida con mision á estos sitios, en 1847, por el gobierno francés. Las relaciones de MM. Haussmann é Itier se refieren á los años de 1843, 1844, 1845 y 1846; la de M. Jurien de la Graviere á los años 1847, 1848, 1849 y 1850; de modo que comprenden reunidas un período de ocho años consecutivos. Digamos ahora algunas palabras de sus diferentes obras.

El viaje de M. Haussmann se ha preparado con cuidado por la lectura de las obras y documentos relativos á los países en que él debia tocar. No en una travesía rápida, y en algunos meses de permanencia, se puede penetrar, ni aun entrever los misterios de una sociedad constituida sobre principios enteramente diferentes de los que rigen nuestras sociedades europeas. Era pues prudente prepararse, abastecerse de resñas dadas ya á la Europa; esto es lo que ha hecho M. Haussmann, reasumiéndolas con bastante acierto y claridad en las diferentes partes de su relacion.

Los dos primeros volúmenes contienen, además de sus resúmenes, una relacion de los inci-